



Los tres tontos

Cuento tradicional inglés

HABÍA UNA VEZ UN SEÑOR que estaba muy enamorado de la hija de un granjero que vivía cerca. Por consiguiente, iba cada noche a su casa para cenar con el granjero, su mujer y su hija. Como bebía cerveza durante la cena, siempre mandaban la hija a la bodega para sacar la bebida del barril.

Un día, mientras llenaba el jarro de cerveza, la muchacha miró casualmente al techo. Y sobre su cabeza vio un gran mazo de madera. Estaba atascado en una viga y probablemente había estado allí durante muchos años, pero nunca lo había visto antes. De cualquier modo, empezó a pensar en el mazo.

La chica vio claramente que el mazo era peligroso. Y se dijo: suponemos que me casara con mi pretendiente y un día tuviéramos un hijo, creciera hasta convertirse en un hombre, bajara a la bodega como yo para tomar cerveza y el mazo cayera en su cabeza y le matara. ¡Qué cosa tan espantosa sería!

La idea la trastornó tanto que dejó la vela y el jarro en el suelo y empezó a llorar desconsoladamente.

Arriba, mientras tanto, su padre, su madre y su pretendiente estaban empezando a preguntarse por qué tardaba tanto en subir la cerveza. La madre se levantó de la mesa y dejó a los hombres hablando. Bajó a la bodega y se encontró a su hija llorando y la cerveza derramándose por el suelo.

—Mi querida niña, ¿qué pasa? —preguntó.

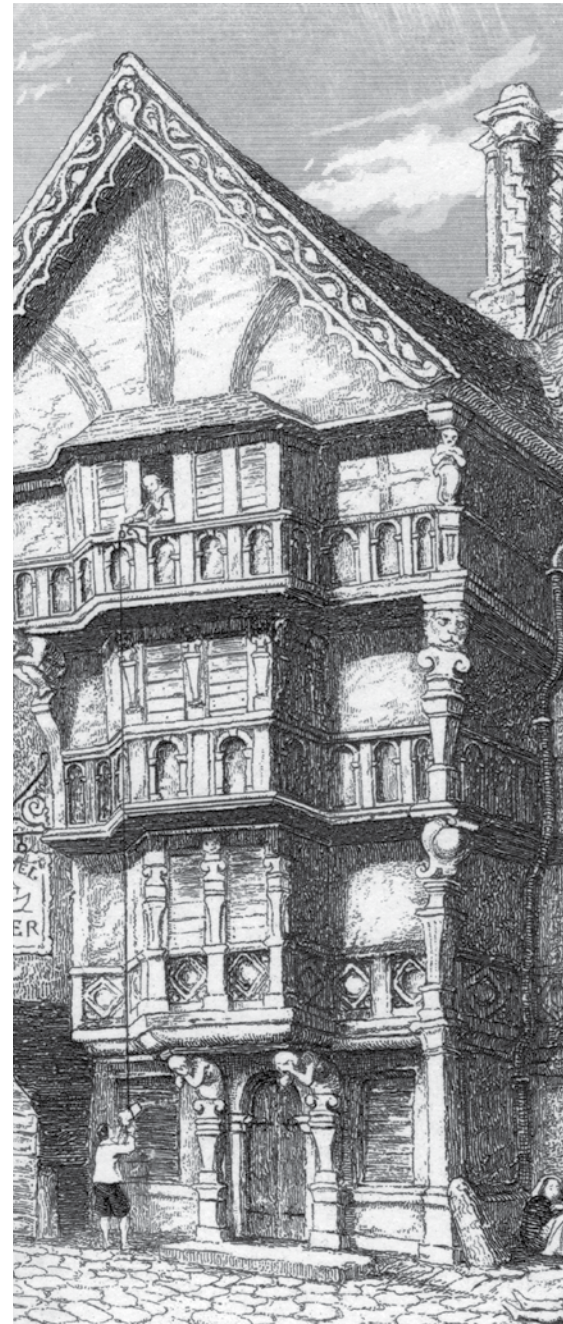
La hija se secó los ojos y sollozó:

—¡Oh, madre! Mira este monstruoso mazo. Suponte que un día me casara con mi pretendiente, tuviéramos un hijo, viniera a la bodega a tomar cerveza y el mazo le cayera en la cabeza y lo matara. ¡Qué cosa tan espantosa sería!

Su madre estuvo de acuerdo con ella.

—Sí, querida, sí, ¡qué cosa tan horrible sería!

Así que se sentó al lado de su hija y empezó a llorar.



Al cabo de un rato el padre se disculpó, se levantó de la mesa y bajó a la bodega. Allí vio a su mujer y a su hija en un mar de lágrimas y la cerveza arremolinándose alrededor de sus tobillos.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —les dijo.

Su mujer respondió:

—¿Oh, esposo mío! Mira este monstruoso mazo. Supón que nuestra hija se casara con su pretendiente, tuvieran un hijo, creciera y bajara a la bodega a buscar cerveza y el mazo cayera en su cabeza y le matara, ¡qué cosa tan espantosa sería!

Su marido convino con ella:

—¡Oh, sí, querida! ¡Sería horrible!

Y se sentó al lado de su mujer y su hija y empezó a llorar.

En el piso de arriba, el señor estaba cada vez más intranquilo golpeando la mesa con los dedos. Al fin no pudo esperar más. Bajó a la bodega y vio a la familia llorando y la cerveza arremolinándose alrededor de sus tobillos. El señor corrió al grifo, lo cerró y dijo:

—¿Qué les pasa? ¿Por qué motivo lloran mientras toda esta cerveza corre por el suelo?

El padre se enjugó los ojos y dijo:

—¡Suponte que tú y mi hija se casaran, tuvieran un hijo, creciera y bajara a la bodega a tomar cerveza y ese mazo le cayera en la cabeza y le matara!

Al oír esto empezaron todos, exceptuando al señor, a llorar más

desesperadamente y por más tiempo que antes. El pretendiente rió de todo corazón, se subió sobre un barril para alcanzar el techo y con las dos manos sacó el mazo y dijo:

—He viajado mucho durante toda mi vida, pero nunca antes había conocido tres tontos tan grandes. Ahora me voy otra vez al extranjero, y cuando encuentre tres tontos más tontos que ustedes volveré para casarme con vuestra hija.

El señor se despidió y se fue de viaje. Se pusieron todos a llorar otra vez porque ahora habían perdido al pretendiente.

Un día, cuando el señor ya había viajado mucho, llegó a la casita de una vieja en cuyo techo crecía mucha hierba. Cuando el señor se acercó vio que la vieja intentaba subir una vaca al tejado para que pastara. Pero el animal no parecía muy entusiasmado con la





excursión en perspectiva. El señor le preguntó qué hacía. La vieja respondió:

—Mire usted esa hierba tan bonita en el tejado. Voy a subir a mi vaca para que se la coma. Le ataré una cuerda alrededor del cuello, la bajaré por el hueco de la chimenea y me la ataré a la cintura. De este modo puedo hacer los trabajos de la casa y si la vaca se cae del tejado me enteraré por el tirón.

El señor se estaba divirtiendo mucho y dijo:

—¡Qué tonta es usted! ¿Por qué no corta la hierba y se la tira a la vaca?

Pero no, a la mujer le pareció más fácil subir la vaca al tejado. Finalmente, después de muchas horas de empujar y tirar, la vaca estaba en el tejado. La mujer le ató una cuerda alrededor del cuello, la pasó por la chimenea y la ató a su cintura.

El señor se acababa de ir cuando oyó un golpe y un grito. La vaca se había caído y se había estrangulado. Y la vieja, atrapada a medio camino entre la chimenea y el suelo, estaba llena de hollín. Una escena bien tonta.

El señor continuó sus viajes. Una noche, llegó a una posada y decidió pasar la noche ahí. Había tanta gente que se vio obligado a compartir la habitación con otro hombre. Su compañero de habitación resultó ser un hombre muy agradable y se entendieron muy

bien. Pero por la mañana, al levantarse, tuvo lugar el más extraño acontecimiento. El pantalón del otro hombre estaba colgado del saliente de una cómoda, y él corría por la habitación intentando saltar en su interior. Hacía esto una vez tras otra, pero no consiguió su propósito. El señor estaba muy preocupado por el comportamiento del hombre. Su compañero de habitación se detuvo para descansar. Se enjugó la cara roja y sudada con un pañuelo y dijo:

—¡Caramba, caramba, caramba! Tengo la firme opinión de que los pantalones son la prenda de vestir más rara que se ha inventado. Cada mañana necesito por lo menos una hora para ponérmelos. Y me entra ¡tanto calor! Por cierto, y tú ¿cómo te pones los tuyos?

El señor se divertía mucho y se reía con ganas. Enseñó a su acalorado amigo cómo ponérselos. El hombre estaba inmensamente agradecido y reconoció que nunca había pensado en ponérselos de aquel modo. Otro gran tonto.

Una vez más el hombre se marchó siguiendo su largo viaje. Llegó a un pueblecito, al final del cual había un estanque. Alrededor del estanque había mucha gente que hablaba y metía palos, escobas, varas y horcas en el agua. Parecían muy preocupados. El señor preguntó la causa del alboroto. Se volvieron hacia él y dijeron:

—¡Oh, señor! Ha sucedido algo terrible. Sí, sí. ¡La luna se ha caído al estanque, y no podemos sacarla!

El señor prorrumpió en una carcajada estrepitosa y cuando pudo hablar, dijo:

—Miren arriba. Ahí está la luna. En el estanque sólo se ve el reflejo.

Nadie le creyó. Le silbaron, le gritaron y él partió precipitadamente.

El hombre ya había encontrado al tercer tonto. O mejor, muchos tontos. Más tontos incluso que los que él conocía en su pueblo y decidió volver junto a la gente que él conocía mejor. Antes de dos semanas se había casado con la hija del granjero, y si no vivieron felices por siempre jamás esto no es asunto ni de ustedes ni mío. ■■